



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Estudios Pedagógicos

Exilio en el hogar: el efecto de la educación a distancia en las relaciones pedagógicas en pandemia

Sebastián Álvarez Miranda

Informe de grado para optar al título de Licenciado en Pedagogía en
Educación Media en Asignaturas Científico-Humanistas, mención Biología.

Profesora guía
Leonora Reyes Jedlicki

Santiago de Chile, 2021

RESUMEN

Las clases virtuales como parte de las medidas para afrontar la pandemia permitieron entregar continuidad a la escuela, pero también nos pusieron -tanto a docentes como a estudiantes- en un escenario mayormente desconocido. Estas nuevas condiciones llevaron a descubrir, a partir de un conjunto de situaciones que se desarrollaban en las nuevas aulas virtuales, que las formas en las cuales podíamos interactuar a través de las pantallas representaban nada más que una pobre réplica. De esta forma, distintos aspectos alrededor de estas clases se fueron resignificando, entre ellos el vínculo docente que se ve especialmente afectado por las limitaciones de la virtualidad, tales como la falta de una interacción fluida y una presencia disminuida de los estudiantes reducida a una voz e imagen virtual. En estas condiciones somos los docentes son quienes nos presentamos como los principales sostenedores de esta nueva forma de hacer escuela, una de la cual nos vemos separados forzosamente -cual exilio- y obligados a rehacer desde nuestros hogares, esta reconstrucción implica la búsqueda en las propias experiencias vividas durante las clases virtuales los distintos significados que le entregan algún sentido, como aquellos que nos permiten reconocer una unión con nuestros estudiantes en estos complejos tiempos como también de aquellas cosas que quedan ocultas o se pierden en los limitados momentos que ofrecen las clases virtuales.

Palabras clave: Pandemia, Vínculo docente, clases virtuales, educación a distancia.

Fecha de entrega: 27 de Agosto de 2021

“Cualquiera sea el mundo al que llegue el exiliado, tendrá tendencia a vivir, desde el primer momento, una sensación ambigua de libertad, por haber escapado de algo que lo amenazaba, y, a la vez, una sensación de haber sufrido un corte dramático en su historia.”

Paulo Freire

INTRODUCCIÓN

El contexto actual se presenta como una crisis, o quizás más como la continuación de una crisis. A pesar de que el exitoso proceso de vacunación, las extensas cuarentenas y una reducción lenta, pero progresiva del número de casos parecen entregar la promesa de un control de la situación y alguna especie de finalización de la pandemia, ya nos hemos enfrentado a rebrotes y aumentos de casos que nos alejan de ese ansiado final, regresándonos nuevamente a la sensación inicial. En la educación, este ir y devenir de la crisis sanitaria se desenvuelve con todos sus colores y tensiona nuestras creencias sobre principios pedagógicos fundamentales tales como las formas y propósitos del aprendizaje, los sentidos de las evaluaciones y las formas de relacionarse que existen entre los distintos integrantes de la escuela. Si bien el comienzo de este periodo pudo resultar bastante caótico mientras intentábamos responder de distintas formas a una situación en apariencias sin precedentes y a pesar de que todavía nos vemos en la necesidad de adaptarnos a los constantes cambios que pareciera exigir la situación, en este camino ya recorrido podemos encontrar ciertos indicios de los cambios que estamos experimentando, muchos de los cuales no son explícitos o evidentes, y nos invita a desentrañar nuestras experiencias para poder recoger algunas luces que pudieran iluminar el todavía oscuro e incierto camino por delante.

Efectivamente, una situación tan imprevista como esta no viene con manuales ni instrucciones, la pedagogía ya de por sí se caracteriza por la ausencia de leyes o pautas de acciones específicas dada la naturaleza diversa de sus actores, circunstancias y contextos. A pesar de ello, existe un gran número de autores cuyas reflexiones develan una dirección general por el cual distintos docentes pueden guiar su accionar en su quehacer cotidiano, la educación en pandemia es una situación tan extraordinaria como compleja en la que algunas cuestiones se tensionan mientras que simultáneamente otras se desdibujan, nuestras experiencias sin dudas son el sustrato para comprender el escenario que se desarrolla, pero

que solo permitirán dilucidar cuestiones más profundas una vez que podamos contrastarlas con reflexiones más fundamentales sobre la educación. Esta reinterpretación le dará un sentido al caótico momento que vivimos en el mundo. Las crisis son duras con todos, pero en estas circunstancias también se asoma la oportunidad como un terremoto que sacude los pilares del conocimiento pedagógico acumulado intentaremos separar qué es lo que colapsa de lo que se mantiene en pie.

En su libro “Por una pedagogía de la pregunta” Paulo Freire y Antonio Faundez (2013) en forma dialogante -literalmente en una conversación entre ambos- reflexionan sobre distintos aspectos de la educación. En su introducción comienzan con una conversación sobre sus propias experiencias a modo de contextualizar el origen de sus ideas mencionando cómo en ambos se vive la condición del exiliado, esto puesto que ambos compartieron la necesidad de abandonar sus países de origen como consecuencia de golpes de estado tanto en Chile como en Brasil. Así, Antonio le dice a Paulo: “Tú comprenderás las dificultades que entraña llegar al exilio cuando no se quiere partir” a lo que Paulo le responde “Claro que sí, ¡Desde luego, nadie elige el exilio!”. Esto me resuena en medio de toda esta situación, de cierta forma también siento que en el aislamiento de las cuarentenas la escuela se vive en una especie de exilio, uno que viven tanto docentes como estudiantes (y otros más) al tener que abandonar nuestro espacio natural, el lugar de nuestro encuentro que es la escuela.

Aún y con todo, quiero ser explícito respecto a un tema, el ponderar ambas situaciones me es complejo y no quiero decir que considero que sean equivalentes. Los infinitos horrores de los que se escapa durante una dictadura no son los mismos que nos obligan -ahora a nosotros- a dejar la escuela; aunque nuestro contexto también sea doloroso de varias formas y aunque crea que ambos dejarán una indudable marca en aquellos que las viven, no creo que puedan ser consideradas como similares, sólo creo que existen elementos en comunes en ese abandono forzoso que es el exilio, particularmente en lo que Paulo llama “vivir una realidad prestada” que es esa experiencia de actuar en un contexto impuesto, que es prestado porque no es propio, manteniendo vívidamente presente las sensaciones de dónde se proviene y que al mismo tiempo guarda la promesa de ser devuelto. Lo anterior, también interpela el momento actual donde vivimos la denominada “educación a distancia” que nos separa tanto de la escuela como de nuestros estudiantes. Finalmente, no creo que se trate de vivir las

circunstancias actuales como un mero ejercicio de resistencia, intentando aguantar como dé a lugar hasta que recuperemos la normalidad perdida, sino que más sobre intentar darle algún sentido a alguna parte de este momento, ya que como indica Paulo “o aprendemos a superar la negatividad que implica la ruptura para entender y aprender de lo positivo del nuevo contexto, o perecemos en el exilio”.

UN NUEVO ESCENARIO: LA MODALIDAD VIRTUAL

La llegada de la pandemia a Chile significó una revolución de las distintas formas de vivir, cada uno de los aspectos de nuestras vidas se vio afectado de una u otra manera. Las cuarentenas que se impusieron cuando recién comenzaba el año significaron un aislamiento del mundo externo que -en la gran mayoría de los casos- nos forzó a vivir desde nuestros hogares.

La noticia se veía venir y no sorprendió demasiado: debido a las cuarentenas todas las clases se impartirían de forma virtual. La decisión parecía implacable, pero al mismo tiempo razonable, era importante evitar grandes aglomeraciones de personas para evitar la transmisión de la enfermedad y las escuelas tenían precisamente esta característica de congregación, por lo que las clases presenciales ya no serían compatibles con el nuevo mundo de la pandemia. Todo esto me llenó de una sensación muy palpable de escepticismo, ya que al tratarse de una situación que era tan novedosa como repentina, no creía que nadie estuviera preparado para enfrentarla, todos estaríamos siendo lanzados a esta situación de la misma forma, todos estaríamos -de una u otra forma- improvisando. ¿Qué significaba tener clases de forma virtual? ¿Esta era una modalidad que realmente *funcionaba* para todos? ¿Funcionaría para mí? ¿Qué cosas se pierden en la virtualidad? ¿Acaso esto no es simplemente tratar de tapan el sol con un dedo? Sentía que tenía muchas preguntas que no podía responder y peor aún, sentía que eran respuestas que nadie tenía en ese momento. Por cierto, estaba consciente de que la educación a distancia no era algo totalmente nuevo y, aunque nunca lo experimente personalmente, tenía una leve idea de que existía, aunque quizás más influida por imágenes estereotipadas de series o películas, pero cuando lo pensaba era algo más como una situación puntual, un ramo con algún invitado del extranjero, un taller o algo más bien acotado, no una modalidad sobre la cual poner toda una formación completa.

Pensé mucho en posponer mi vuelta a la universidad, esperar un año a que la conmoción pasara, las cosas se tranquilizaran y la normalidad volviera, pero sentía que había pospuesto la decisión por demasiado tiempo, era ahora o nunca. Todas estas sensaciones se acrecentaban a medida que una situación que esperaba fuera temporal se volvía lentamente la *nueva normalidad*.

Las dudas sobre esta modalidad virtual me acompañarían por la mayor parte del año, pero no creía que todo pudiera estar perdido, alguna cosa debería ser posible de rescatar de esta situación y en un esfuerzo por encontrar algo de esperanza y aliento encontré (o me inventé) dos cosas: primero que nada, el estar estudiando pedagogía bajo esta modalidad me daba el privilegio de experimentar la situación tanto como estudiante (en las clases de la universidad) y como profesor (durante las prácticas), me imaginaba que esta doble perspectiva me permitiría empatizar mejor con quienes serían en algún momento mis estudiantes; por otra parte también esperaba que al vernos forzados a continuar con clases quitándole ese elemento tan fundamental como lo es el espacio físico-presencial de la escuela, algo más esencial de la pedagogía continuaría ahí y se revelaría a lo largo de las sesiones virtuales.

Hay una pista aquí por perseguir, pues dentro de toda esta emergencia existió algo que fue reconocido transversalmente como esencial para el funcionamiento de la escuela, incluso desde la lejanía: las interacciones entre docentes y estudiantes, este era un vínculo que debía mantenerse. A pesar de lo deficiente y limitante que considero es la modalidad virtual al mismo tiempo la reconozco como un intento -quizás desesperado- de continuar las interacciones que se daban normalmente en las salas de clases. La mejor muestra de lo anterior fue posible apreciar hacia los comienzos de las cuarentenas, cuando enfrentados con la imposibilidad de la presencialidad la opción preferida por la gran mayoría de las instituciones educativas fue replicar estas interacciones en el espacio virtual. Esto en contraste con otras posibilidades igualmente válidas y en muchos casos más sencillas como depender exclusivamente de los textos escolares, enviar guías con ejercicios o video-cápsulas que llevaran a los hogares de los estudiantes las explicaciones de los docentes. Estas opciones que entregaban la posibilidad de continuar con el avance de los contenidos curriculares de forma asincrónica fueron en general relegadas como complementarias o utilizadas como una

opción de último recurso frente a la opción de tener a todos los participantes de una clase sincronizados virtualmente en un mismo momento.

En virtud de mantener esta interacción, las herramientas tecnológicas se volvieron la única forma de mantener esta conectividad y se volvieron casi exclusivamente los medios por los cuales interactuamos y nos relacionamos. Estos factores son los que determinan el vínculo pedagógico que se forma entre los distintos participantes de la escuela, y esta nueva mediación implica nuevas formas de relacionarnos, nuevas situaciones y nuevos tiempos que impactan en la configuración de este vínculo, a partir de esto intentaré responder ¿Cómo en la virtualidad cambian las formas de relacionarnos, y, por tanto, impacta al vínculo pedagógico? y ¿Cómo esos cambios configuran un vínculo pedagógico pandémico?

En clases virtuales: una interacción interrumpida

Mi primer acercamiento a la modalidad virtual fue como estudiante, al comenzar las clases en la universidad. Existían muchas curiosidades en este nuevo mundo virtual, como por ejemplo las distintas formas de habitar las clases virtuales, al estar conectado podía ver como habían algunos se desplegaban con todas sus posibilidades teniendo la cámara prendida e interviniendo mediante el micrófono, otros preferían solo una intervención hablada y se presentaban con una imagen divertida o simplemente como un rectángulo oscuro con su nombre, finalmente estaban los que llevaban su presencia a su mínima expresión y -con su cámara apagada- solo intervenían textualmente por el chat. Por supuesto que cualquiera de estas opciones estaría totalmente condicionada por las posibilidades materiales de cada uno: computador con cámara y micrófono junto con una conexión estable a internet (y quizás que otra condición que no me puedo ni imaginar), pero pienso en mi situación, mis posibilidades eran completas y aun así era algo que no me nacía naturalmente, algo para lo que incluso hoy ya estando más acostumbrado a esta modalidad tengo que hacer un esfuerzo y que a veces ni con eso me alcanza, manteniéndome en una presencia ausente.

En esta situación puedo identificar un elemento que se relacionan directamente con mi decisión de estar presente en la virtualidad, con esto me refiero a una participación más activa como prender la cámara del computador y contestar por el micrófono de forma más espontánea, y se refiere directamente con la relación que tengo con los demás participantes

de la clase. A diferencia de lo que ocurre en la presencialidad en la que compartir un espacio físico significa revelar de forma inevitable nuestra presencia material, nuestra corporalidad con todas sus características, en el espacio virtual esta revelación no ocurre ni de forma inmediata, ni de forma inevitable; muy por el contrario, debe existir una decisión explícita de querer mostrarse para apretar el botón que prende la cámara. Aquí también aparece otro elemento particular de la virtualidad y se relaciona con el espacio: mientras que en la presencialidad el espacio compartido - como el aula- es común para todos, en la virtualidad cada espacio es diferente y la decisión de compartir nuestra presencia por la cámara también incluye compartir el espacio que habitamos, aunque es cierto que existen en algunas plataformas virtuales que entregan la posibilidad de diferenciar ambas (la persona del espacio) en la mayoría de los casos la decisión se toma en conjunto, se presentan ambas o ninguna. Por esto la decisión no es para nada banal, prender la cámara implica compartir una intimidad a la cual nadie se encuentra acostumbrado. En mi caso para prender mi cámara debo tener algún grado de confianza con quienes comparto, aunque éste no es el único criterio definitivamente es una parte importante porque si en alguna ocasión prendí la cámara frente a una clase de personas que en realidad no conozco, fue porque pude juntar el valor para hacerlo. Es interesante notar que, si bien en las clases con mayores participantes la cantidad de personas que se pueden ver es considerablemente menor, en otras instancias más personales como trabajos en grupos más pequeños y en tutorías con profesores en las mismas condiciones de virtualidad la dificultad para compartir mi pantalla es considerablemente menor.

Por otra parte, algunas nuevas situaciones incómodas -quizás derechamente bochornosas- también parecen ser parte de este nuevo mundo, los descuidos con cámaras y micrófonos pueden llevar a que uno termine compartiendo más de lo que se propone. Uno que me tocó vivir fue durante una de las clases virtuales en la universidad, ocurrió durante al final de una clase en la cual ya no se estaba hablando sobre los contenidos del curso sino que la profesora había cedido el espacio para que compartiéramos algunas de nuestras vivencias del momento, para mi desgracia cuando ocurría esto mi conexión de internet se encontraba muy inestable y me impedía percatarme del vuelco que había tomado la clase. Para el momento en el que logré volver a conectarme con mi teléfono escuché los sollozos de una compañera que también eran acompañados por los de la profesora y en mi extrañeza me pregunté en voz alta

“¿Qué está pasando? ¿Por qué están llorando?” bajo la absoluta seguridad que esas palabras eran solo para mí, por lo que creo no poder llegar a describir el frío que inmediatamente recorrió mi cuerpo cuando la profesora me contesta “estamos compartiendo historias de la pandemia...” mi bochorno fue inmediato, solo pude disculparme rápidamente con la profesora y mi compañera para luego hacer lo que sería el equivalente virtual de salir corriendo de esa clase y me desconecté para ahogarme por un tiempo la vergüenza de la situación.

Cuando llegó el momento de la práctica, yo ya había tenido un semestre completo para acostumbrarme a lo que eran las sesiones virtuales, pero a pesar de que ya me sentía más acostumbrado a esta modalidad mi experiencia era solo desde la perspectiva del estudiante y temía que el cruzar al otro lado para hacer yo la clase sería un desafío considerablemente grande. Uno de los mayores miedos que tenía era cómo poder motivar la participación, ya había notado entre las clases de la universidad y rumores de profesores que esta era tan compleja que se daba la ironía que los profesores llegaban a rogar para que los estudiantes hablaran cuando en condiciones de presencialidad el opuesto era lo que luchaban por conseguir.

Al tomar el rol conducente de las clases me encontré con este desolador panorama. En mi primera práctica el colegio había decidido que para las clases virtuales juntarían a todos los cursos del nivel para cada asignatura, me había tocado el 3° medio para hacer la asignatura de Ciencias para la Ciudadanía y en la sala virtual se juntaban los dos terceros A y B con un total de 60 estudiante aproximadamente, pero al conectarse uno bien podría asumir que se trataba de una asignatura voluntaria de un fin de semana por la mañana porque nunca vi conectados a más de 15 estudiantes. ¿Qué ocurría con el resto de los estudiantes? “Nada que podamos hacer” me decía una profesora, esa era responsabilidad del colegio y desde la práctica no hay nada que podamos hacer. Una respuesta concreta, pero poco tranquilizadora, que me genera una nueva sensación contradictoria: comenzar dejando a la mitad del curso de lado. Aun así, la situación podía ser sólo un poco más desoladora, porque de los pocos que se conectaban los que parecían realmente interesados en participar serían todavía menos e incluso ellos nunca prenderían sus cámaras. En realidad, creo que hubo un momento en el que alguien la prendió y se mostró a modo de presentación, pero tuvo que haber sido solo

una vez y no puedo recordar ni quien ni cómo ni donde, de haber sabido que sería un momento tan fugaz me hubiera asegurado de mantener en mi memoria la imagen de ese estudiante como un trofeo resplandeciente en mi memoria.

Esta misma experiencia, pero de un modo completamente diferente, lo viví durante las clases de mi segunda práctica que -a diferencia de la primera- se encontraban organizadas de forma más tradicional y se trabajaba con los cursos de forma separada. El mío sería el 3° medio B correspondiente con la especialidad de Contabilidad (el colegio era técnico-profesional), igual de numeroso el curso estaba compuesto por 45 estudiantes. Dada mi experiencia anterior, mi expectativa era poder ver conectados a las sesiones a la mitad del curso como máximo, pero sorprendido pude notar que la cantidad de estudiantes conectados podía llegar hasta los 35 estudiantes, un número soñado para una sola clase, y aunque no correspondía a la totalidad del curso la esperanza de poder trabajar y conocerlos a todos (o al menos escucharlos) era un viento de aire fresco que se contrastaba de la experiencia anterior. A pesar de esto, esta sensación se fue esfumando poco a poco durante las clases al apreciar que nuevamente, aunque la asistencia a las clases era mucho mayor, la participación en ellas era igual de escasa y quizás todavía más, porque las interacciones con estos estudiantes se reducían casi exclusivamente al texto del chat de la plataforma virtual.

Es una sensación extraña estar haciendo una clase con solo cámaras apagadas, tratar de explicar cosas que parece que son simplemente lanzadas a espacio vacío del internet para algunas veces obtener un “sí profe, se entiende” o “no profe, no hay preguntas” que te recuerdan que efectivamente se supone que hay alguien más ahí contigo, escuchando en esa participación ausente, creo que tampoco ayuda mucho a enfrentar esta sensación el verse a uno mismo hablando en medio de este escenario oscuro de cámaras apagadas. A pesar de todo esto, dada mi propia experiencia en clases virtuales yo nunca le hubiera exigido a un estudiante que prendiera su cámara.

No obstante, tengo otra experiencia que creo me lleva en una dirección diferente. Además de mi práctica pedagógica, también hago clases en un preuniversitario (de hecho este tipo de instituciones fueron mi primera aproximación a la pedagogía) y de igual forma que las de la práctica en el colegio las clases también han sido virtuales, en las sesiones del preu tampoco hay cámaras prendidas, pero no es precisamente esto lo que me llama la atención, sino que

esto no fue siempre así, no quiero decir que al comienzo del año los veía a todos, pero sí veía a algunos (uno o dos, ¡pero los ví!) y fue a medida que avanzó el año que deje de ver a esos pocos, como también estoy simultáneamente en su lugar me pregunto ¿Es acaso importante para las clases virtuales que prenda mi cámara? Meramente en los hechos parecería que en realidad no tanto, las clases se hacen (o las hago) igualmente si hay alguien con la cámara prendida o ninguno, por lo que las cámaras no parecieran ser un elemento tan imprescindible. En mi posición como profesor me alegra poder ver algunos de mis estudiantes pues ayudan a apalejar esa sensación de soledad en la virtualidad, pero más allá de eso en mis clases yo no lo utilizo como un recurso pedagógico y tampoco he visto que alguien lo haya utilizado con esos propósitos. Incluso en las interacciones, eso que buscamos mantener en las clases virtuales, no parece ser algo fundamental porque mis preguntas o consultas se ven en su mayor parte satisfechas cuando nos comunicamos sólo por los micrófonos, sin que a esto le pareciera quitar demasiado no poder ver a mi interlocutor.

Por otra parte, devolviéndome a la posición de estudiante también siento que la cámara prendida sólo cumple con traer la atención del profesor hacia mí cuando está buscando a alguien que conteste sus preguntas. Entonces ¿Por qué hay que prender las cámaras en clases? ¿Será que quizás las cámaras servirán más para apaciguar necesidades más personales de los docentes y no una necesidad propiamente didáctica? O quizás es que perdimos algo, no nos dimos ni cuenta y solo nos acostumbramos a seguir sin ello, significando que su pérdida solo se volverá evidente en la vuelta a la presencialidad.

Creo que la virtualidad solo dificulta la participación de los estudiantes porque a pesar de que a través de las pantallas es posible vernos y hablarnos, en esta comunicación existe un pequeño desfase que no debe ser de más de un segundo. Ese tiempo entre que la voz es recibida, por un lado, movida por las distancias a través del internet y llega al otro lado, ese segundo pareciera hacer toda la diferencia, por ese segundo las voces se interfieren e interrumpen, se le quita toda la fluidez a las interacciones y nos fuerza a detenernos, repetirnos y continuar. Ese segundo pareciera ser clave en esta nueva modalidad, ya que nos saca permanentemente de la ficción de estar en clases y nos devuelve a esa realidad lejana de las clases virtuales. Pareciera en verdad que el tiempo de la pandemia es muy diferente a los

tiempos ordinarios, esto no en el sentido de la contingencia, sino en un sentido mucho más literal, las cosas literalmente se demoran más tiempo.

Esto también lo puedo reconocer durante la misma práctica, pues no alcanzar a completar todas las actividades propuestas en la planificación de las clases fue un desafío con el que luche constantemente y es que con este retraso, realizar actividades que requieran la participación de los estudiantes ocurre lentamente, sin siquiera considerar la necesidad de retroalimentar, incluso más complicado aún es cuando esta participación se hace sólo desde el chat, desde ahí ni siquiera es posible saber si algún estudiante está preparando alguna respuesta ni cuánto tiempo le toma hacerlo, en estos casos planteas una pregunta y esperas en el silencio bajo la esperanza de que la espera te recompense con una respuesta que no siempre llega. A veces pienso que estos pequeños silencios pudieran ser parte natural de este ambiente virtual, un momento para descansar y reflexionar para contestar, aunque es difícil controlar la sensación de que la hora se pierde y que nada sucede en ese silencio, esto también surge a partir del hecho que algunos los colegios realizaron cambios a los tiempos asignados a los módulos de clases; la tradicional hora pedagógica de 45 minutos fue reducida a 30 minutos en ciertos lugares y a 25 minutos en otros, pero en cualquier caso, los tiempos más ajustados – probablemente – responden al agotamiento que produce estar demasiado tiempo frente a una pantalla.

La existencia de estas dificultades en el trabajo con los estudiantes genera una relación más lejana, muestra de esto es las pocas experiencias que puedo encontrar junto con ellos, aunque me conectaba casi todas las semanas a hacer clases con ellos tanto para la asignatura como para consejo de curso, entre los cortos tiempos de las clases, las respuestas del chat que apenas parecen interacciones, las pocas intervenciones con voz y la ausencia total de cualquier imagen personal de su parte hacen complejo hacerse de una imagen sobre lo que les sucede. Por otra parte, lo acotado de esas interacciones hace al mismo tiempo destacar algunos indicios sobre sus condiciones.

Los comentarios de mis compañeros de práctica en sus propias clases, en los espacios de reflexión en los que compartimos nuestras experiencias sobre las actividades realizadas en el espacio de consejo de curso repetían un tema con bastante frecuencia: los estudiantes no se conocían entre ellos. De igual forma, esto es algo que yo pude constatar tanto en Consejo de

Curso como en mi asignatura de Ciencias para la Ciudadanía, en la primera las dificultades asociadas a la poca participación venían acompañadas de comentarios como “apenas conozco a la mitad de mi curso” y en la segunda frente a la posibilidad de hacer trabajos grupales al consultarle a los estudiantes con quienes les gustaría trabajar parecían respuestas como “con nadie, ya que no los conozco” y “casi todo el tiempo trabajo sola”. Todo esto parece indicar que hemos puesto muchos esfuerzos en mantener nuestras interacciones con los estudiantes sin cuidar las que ocurren entre los estudiantes, pareciera existir la suposición de que las redes sociales serán las que puedan suplir el carácter socializados de la escuela y que en ella solo debe cuidarse la parte académica, pero las respuestas muestran que esto no es algo que esté ocurriendo de manera espontánea. También habría que descartar la mañosa suposición de que a los estudiantes no están interesados en conocerse y relacionarse, otras respuestas a la pregunta si les gustaba trabajar en grupos eran “[Sí, porque] se puede dividir el trabajo y pasar un rato con los panas”, “si me gusta hacer trabajos en grupos porque puedo verlos, aunque sea por video llamada” y “[Sí,] para conocer a mis compañeros” hacen evidente ese deseo, lo que faltarían serían oportunidades para concretarlos.

Modalidad híbrida: la quimera

Así y con todo, luego de un año de estas experiencias creo que hemos alcanzado cierto grado de normalidad en esta modalidad. Este año podría haber sido cuando dejamos de lado cierta improvisación y aplicamos lo que aprendimos del anterior, pasar de la posición defensiva a la ofensiva, pero como la pandemia todavía parece lejos de concluir, aún quedan cosas nuevas por descubrir y en esta oportunidad son las clases híbridas, un engendro entre las clases virtuales y presenciales.

La primera vez que escuche de esta modalidad fue a principios de este año escolar cuando mi mamá me contó que comenzaría a ir de nuevo su colegio, ella es profesora de educación básica hace casi 30 años en un colegio particular, lugar en el que ha desarrollado casi exclusivamente su carrera docente y donde hace clases hasta el día de hoy. Cuando le preguntaba si es que los estudiantes también volverían o simplemente iba a ir a dar clases virtuales desde colegio me respondió que “dependía de cada apoderado, ellos podrían elegir entre mandar a los estudiantes al colegio o seguir con clases desde sus casas” desde ese

momento que me intrigaba como podría funcionar tan extraña combinación. Mi curiosidad era demasiado grande, pero por desgracia mi mamá era bastante escueta en sus comentarios y cada vez que le preguntaba sobre sus experiencias me respondía con que los problemas principales se relacionaban con que el colegio no tenía buen internet, pero yo quería saber más porque mis sospechas me decían que sería una combinación macabra.

No tuve que esperar demasiado, ya que hace un par de semanas después de esto me llegó un mensaje desde el colegio de mi práctica: “Debido al avance de la comuna a fase 2 en el plan PASO A PASO, se podrá recibir en el colegio a aquellos estudiantes que se encuentren en igual fase, el resto deberá seguir conectándose a clases por vía remota”, justamente me tocaba clases el lunes así que podría ver las primeras experiencias en esta nueva modalidad. Me conecté a las 11:05 como todos los lunes para encontrarme con el profesor transmitiendo desde el colegio y lo primero que me dice -de forma entrecortada- es que ha tenido problemas con la conexión, que el internet del colegio no era muy bueno y que estaba utilizando el de su teléfono, también que le había sido muy complejo hacer las primeras clases de la mañana porque a pesar de que tenía 5 estudiantes con él presencialmente en el colegio, el resto de los 30 virtuales no lo habían podido escuchar de la forma más adecuada.

La configuración de la clase híbrida consiste en una cantidad determinada de estudiantes que van presencialmente al colegio y otra que continúan conectándose virtualmente, el profesor se encuentra en el colegio con un computador con el que presenta su material y se comunica con aquellos conectados desde la plataforma web. Los estudiantes que se encuentran presencialmente interactúan directamente con el profesor, pero también siguen lo que ocurre en la plataforma web a través de una enorme pantalla en la sala.

En medio de todo esto me percaté que desde la plataforma web no tengo forma de comunicarme con aquellos estudiantes que se encuentran presencialmente en el colegio, ya que ellos solo ven lo que ocurre desde esa pantalla en la sala y no pueden ni hablarme, ni siquiera escribir en el chat por lo que no pueden interactuar de ninguna forma conmigo, solo pueden verme y escucharme como si estuvieran viendo una película de mis clases, en un intento por reconocer lo complicado de la situación me limité a enviarles un saludo.

Solo he tenido esa única clase y con toda la novedad ni siquiera pude hacer lo planificado para ese día, pero más preocupado me tiene cómo continuar con esta nueva modalidad

mientras más comunas salgan de cuarentena y más estudiantes comiencen a ir presencialmente a clases sin que yo pueda saber de ellos. Creo que ya odio esta nueva modalidad y me tiene completamente sorprendido como se las arreglaron para encontrar una modalidad peor que la virtual.

Discuto bastante con mi mamá respecto a la presencialidad en los colegios, incluso antes de que aparecieran las clases híbridas, cuando ella empezó a volver a su colegio para tener reuniones administrativas yo le preguntaba ¿acaso hay algo que realmente los obligue a ir que no puedan hacer en una reunión virtual? Nunca conseguí una respuesta que me satisficiera, pareciera que no había ninguna otra razón más que cumplir con una formalidad de caprichos de cuerpos directivos. Su colegio pertenece a una congregación religiosa, por lo que esos cuerpos directivos son religiosas con visiones bastante tradicionales sobre la vida y la educación. Yo sé que ella además de profesora tiene alguna clase de puesto de coordinación, aunque no sé exactamente cuál es, pero siempre me imaginé que desde ahí pudiera tener algún poder de incidencia en esa clase de decisiones, es curioso porque cuando hablamos normalmente termino con la impresión de que estamos más o menos de acuerdo con varias cosas, pero no sé si ella o no expresa estas opiniones cuando se encuentra en ese rol o si derechamente no son escuchadas. Cualquiera sea el caso, ella ya se está levantando en las mañanas para ir a hacer clases virtuales desde el colegio, excepto los viernes los cuales se queda en casa para volver a hacer clases virtuales, lo que me parece solo una muestra de que la vuelta al colegio es una medida sin muchos fundamentos y esta excepción se presenta como una especie de regalo o concesión.

Tenemos otra discusión, me estoy quejando con ella que mi colegio de práctica vuelve a clases presenciales-híbridas, ella me vuelve expresa que en su colegio pasa algo similar y me insiste: “los apoderados deben tener la libertad de elegir si mandar o no a sus hijos al colegio” y no es que esté completamente en desacuerdo con esto, pero mi limitada experiencia me dice que las clases híbridas complican por mil todo las clases y temo que todo eso vaya finalmente en desmedro del aprendizaje de los estudiantes, “pero ellos tienen que poder elegir” me insiste, sigo creyendo que eso no es algo equivocado, pero le digo : “ellos no son los profesores, ellos no tienen que hacer estas clases, no saben que se necesita para hacer una clase, no saben que es lo importante que los estudiantes entiendan ni cómo se puede llegar a

eso, tú sí mamá, nosotros sí ¿Acaso no debería valer un poco más lo que nosotros opinamos porque sabemos un poco más del tema?” pero ella ya tiene su visión: “lo que pasa es que ellos están pagando por esto y tienen derecho a exigir lo que quieren”, terminamos consensuando medio en broma medio en serio que “el cliente siempre tiene la razón”.

En estas conversaciones con mi mamá me pregunto por las opiniones que tendrán otros profesores con más experiencia que la mía y al pensar en mis profesores guía de los colegios donde realicé mi práctica, con quienes viví todo este proceso de clases en pandemia. Me percaté que las relaciones que mantuvimos fueron curiosamente similares a la que mantuve con los estudiantes: una relación -más que nada- lejana. Aunque siento que fue una fortuna poder trabajar con profesores quienes me dieron un amplio espacio para poder explorar e implementar didácticas innovadoras en este desafiante escenario virtual, no puedo evitar la sensación de que esta apertura no provenía precisamente del interés de aplicar metodologías nuevas, sino más bien de la indiferencia. Esta sensación viene justificada a partir de que, aunque siempre manteníamos una comunicación constante, esta se daba principalmente por mi deber de mantenerlos al tanto de mis intenciones reportando las planificaciones, pero muy pocas veces recibí una retroalimentación o comentario por estas o por las mismas clases.

Las razones detrás de esto creo que son múltiples, la principal probablemente se relaciona con la misma naturaleza de los intercambios en la virtualidad, no en vano la sensación es similar a lo que me ocurrió con los estudiantes, particularmente lo limitado de las oportunidades de hacerlo. La pérdida del espacio físico de la escuela no solo significó perder los momentos que antes ocurrían en la sala de clases, sino también todos aquellos previos y posteriores, conversaciones de pasillos, en el camino hacia la sala de clases, en la sala de profesores, en el patio y tantos otros no son posibles en la virtualidad, donde cada uno vive esos momentos en sus propios espacios personales. Al contrario de lo que pudiera parecer, las redes sociales que permiten estar disponibles para enviar y recibir mensajes permanentemente pareciera que presentan facilidades solo para aquellos mensajes más formalmente intencionados, dejando menos espacio para aquellos que pudieran ser más espontáneos y aunque es cierto que distintas personas encontraran distintas facilidades o dificultades para comunicarse de esta forma, creo que es evidente que ni en los mejores casos son capaces de reemplazar la fluidez de las conversaciones presenciales.

Otra posibilidad que siento puede también estar fuertemente influenciando es el agobio que pudieran estar sintiendo durante esta situación, el tener que ajustarse a condiciones de trabajo tan diferentes sin tener demasiada preparación para ello, sumado a los múltiples cambios a los que -junto conmigo- ellos también han tenido que realizar. Pienso aquí particularmente en la modalidad híbrida y su vuelta obligatoria a la presencialidad, debe ser una carga considerable pesada a la ya enorme cantidad de responsabilidades a las que se les somete y todo esto sin ni siquiera considerar el estrés de tener que continuar trabajando en medio de una de las mayores crisis sanitarias de los últimos tiempos, me obligan a empatizar con su situación, incluso alegrándome de poder haberles quitado el peso de al menos un curso.

LO QUE (TODAVÍA) NOS UNE

El espacio virtual permitió dar continuidad a las clases que antes ocurrían en la escuela, nos perdimos de vista, pero con las clases virtuales logramos mantener algún tipo de contacto, uno que daba la esperanza de restaurar algo de normalidad dentro de la situación enfrentada, pero que se realizaba desde la lejanía, distancia impuesta como resultado del abandono forzoso de la escuela que se siente -guardando las proporciones- como un exilio que en palabras de Freire y Faundez (2013) significa tanto un trasplante, que nosotros sentimos como ese desplazamiento a la virtualidad, como también un necesario implante al lugar que se llega. El comienzo fue incierto y fuimos todos juntos a la virtualidad para descubrir que ocurría en este nuevo escenario, en mi caso la mezcla de curiosidad e incertidumbre dieron paso a la realización de que mantener cualquier clase de normalidad anteriormente conocida sería una tarea prácticamente imposible, el hacer toda la vida desde mi propio hogar le entregaba una marca indeleble a cada cosa que realizaba, todo era “desde el hogar”: ir a la universidad desde el hogar, ir a la práctica desde el hogar, hacer clases desde el hogar, ir a dar una prueba desde el hogar, ir a hacer un trabajo en grupo desde el hogar. El resultado final es que todas estas acciones terminaban aglomerándose en una monotonía que les quitaba una buena parte de su significado o bien los ataba a todos juntos en uno común. Esta sería pues la marca del exilio que me tensiona “entre el trasplante del que se es víctima y el necesario implante” (p.26) dejándome una sensación predominante de pérdida.

¿Qué era lo que se perdía? El origen de esta sensación es bastante claro, el aislamiento producto de las cuarentenas fija un tono bastante duro para la situación, desde ahí el camino que se abrió no dejó mucho espacio para descubrir cosas que se opusieran a ella. Con el tiempo constaté que había ciertas cosas que en la virtualidad no se podían replicar o que por lo menos se desarrollan de una manera muy distinta y si bien creo que esto puede referirse a un sinnúmero de cosas, la que me resulta más palpable es la que se refiere al vínculo, entendido en un sentido amplio como aquella cosa que me permite sentir alguna clase de unión o conexión con otra, esa era la sensación que me escaseaba tanto que la daba por perdida. Esta sensación me atravesaba tanto en mi posición de estudiante como la de docente, la primera me hace cuestionarme sobre lo que me vincula con la universidad porque incluso después de año y medio de estudio, de haber conocido a profesores y compañeros, me sorprende lo poco que me identifico como estudiante de ésta y es sólo cuando tengo que entregar algún trabajo en el que me veo en la obligación de poner el logo institucional es que me recuerdo que efectivamente soy de alguna forma parte de ella.

Por otra parte, como docente cuando entro a las aulas virtuales y me encuentro con ese desierto de cámaras apagadas donde mis estudiantes solo se encuentran representados por alguna imagen o sólo un nombre y donde interactuamos tan poco y nos conocemos menos ¿Qué es lo que nos une? ¿Qué profesor en su historia pudiera no haber visto jamás a quienes fueron sus estudiantes? En un escenario como este, la idea de estudiantes como personas con quienes me vinculo/relaciono en la virtualidad parece tomar la dimensión de un concepto teórico, una idea abstracta, más cuando pienso en la forma en la que interactuábamos en esa presencia tan esencialmente disminuida ¿Qué tipo de relación formé con ellos a partir de los encuentros virtuales? ¿Acaso no pudiera estar la relación igualmente disminuida para sentenciarla como perdida? En suma, intentar dilucidar cuanta distancia hay realmente en esta “educación a distancia”.

Una unión que no acerca

Luego de una experiencia completa de esta “educación a distancia”, lo que más resuena en mí es la distancia y es que cuando trato de pensar en las distintas situaciones vividas y en las personas conocidas me es complejo descifrar el vínculo formado con mis estudiantes porque

me sigue rondando la pregunta ¿qué es realmente lo que nos une? Incluso la misma noción de considerarlos como “mis estudiantes” se siente impropia y me obliga a alejarme refiriéndome a ellos como “los estudiantes”. Albornoz y Cornejo (2017) abordan el vínculo describiéndolo como “un vínculo situado social e históricamente” (p.8) que implica que en un contexto tan crucial como el de la pandemia es esperable que este vínculo se vea igualmente afectado, esta posibilidad provoca que inmediatamente me asalte la idea de que nada es realmente lo que nos une y que no formamos ningún vínculo, quizás una noción bastante extrema, pero que me parece podría ser plausible considerando nuevamente lo particular de la situación.

La situación que más me lleva a contemplar esta posibilidad viene de las situaciones vividas en clases virtuales, en esa sensación de soledad en un aula silenciosa de cámaras apagadas porque para cualquier vínculo se necesita de otro. Esta misma sensación creo que se expresa en un algo muy concreto: no recuerdo el nombre de ningún estudiante, siempre he considerado que conocer sus nombres es un factor que ayuda a formar una relación más cercana que favorece tanto el clima de las clases como también motiva a los estudiantes a involucrarse con las actividades al sentirse valorados de una forma más particular, pero al no poder verlos ni escucharlos me perdí de aquella particularidad que antes me permitía identificar aquellos estudiantes que eran los más extrovertidos, los que les gustaba conversar e interrumpir en clases, otros más tímidos y callados, los que se sentaban en el final de la sala y se dormían, ahora pareciera que todos son ese estudiante al final de la sala, todas aquellas cualidades y particularidades se funden en una idea de estudiante virtual monitorizado, por lo que incluso al tener siempre presente sus nombres en la pantalla prácticamente ninguno continuo en mi memoria.

Estas primeras impresiones son muestra explícita de lo que Freire y Faundez (2013) describen como la nostalgia del contexto de origen, producto de todas aquellas posibilidades perdidas de la presencialidad de las cuales es imposible desligarse puesto que el “cuerpo vino empapado, como el de cualquier exiliado, por el lugar de origen, mojado por su historia, por su cultura” (p.37), pero para no ahogarnos en la nostalgia ni perecer en el exilio la formula presentada es aprender a convivir con la ruptura que todo exilio provoca y aunque este aprendizaje es difícil, también es ineludible. Con este propósito, me gustaría intentar

matizarla, pues a pesar de lo dificultoso que resultan las interacciones en clases virtuales también me parece demasiado extrema la noción de que no se pudiera generar ningún vínculo, quizás escueto, limitado o poco significativo, pero ¿ninguno? Cuando pienso en las condiciones que me permitieran construir un vínculo con los estudiantes creo que son tres los elementos más importantes: primero que nada, la existencia de una relación producto de algún tipo de interacción. Segundo un tiempo suficiente para que esa relación se desarrolle y por último algún sentido que se le asigne a la relación que permita definir un vínculo configurado a partir de las múltiples situaciones que se den a lo largo del desarrollo de esta relación en el tiempo. Aunque esto pudiera abarcar un conjunto amplio de vínculos quiero referirme en al denominado vínculo pedagógico, es decir, aquel que se produce en función de la educación, su relevancia procede desde lo indicado Pérez (2002) pues “educar se hace siempre en relación” (p.115). Así, las relaciones que se establecen en la escuela no son en lo absoluto complementaria ni periférica a la educación, sino que se presenta como una parte integra y fundamental del mismo, más aún Benvegnú y Segal (2020) vuelven a remarcar que “la enseñanza es vínculo, y el vínculo es tanto subjetivo, personal, afectivo como cognitivo”, reafirmando la necesaria e indisoluble relación entre ambas. Son cuestiones como éstas las que me empujan a resistirme a la idea de la inexistencia de un vínculo, los elementos están presentes, en las clases teníamos una interacción que quizás fue pobre o limitada, pero incluso cuando sólo responden por el chat o de formas escuetas por voz (“sí, profe” o “no, profe”) existe una respuesta, eso es algo y no nada.

Para intentar encontrar las coordenadas de la relación entablada con los estudiantes una primera aproximación pudiera ser facilitada en el contraste entre dos concepciones sobre la función de vínculo: una tradicional que lo reduce a una transmisión de información, en la cual la comunicación es principalmente un monólogo unidireccional y su propósito se encuentra enfatizado en el mensaje, considerado como objetivo y comprendido por todos de la misma manera. En oposición a esto, Manghi-Haquin (2016) presenta a los docentes como como “seres de comunicación”, pero ya no como mera transmisión, sino como una relación formada para el intercambio y negociación de significados través de un determinado repertorio de recursos comunicativos tanto verbales (palabra, entonación, volumen, ritmo) como no verbales (expresiones faciales y corporales, gestos, proxémica, entre otros). Entre ambas visiones, durante las clases de la práctica me encontraba definitivamente inclinado

hacia una posición más tradicional, pero esto ocurría no por una afinidad por esta forma de relacionarse, por el contrario mis intenciones apuntaban directamente a lo contrario (a tener una cercanía), pero considerando lo complejo que resultó conseguir mantener interacciones fluidas durante las sesiones virtuales esto solo quedo en intenciones, ya que difícilmente hubiera sido posible llegar al nivel del intercambio y la negociación de significados, una tarea que necesariamente implica que los estudiantes estuvieran mucho más involucrados con las clases de lo que yo logré que estuvieran. En cualquier caso, es importante notar que de acuerdo con el autor en este proceso de intercambio también se realiza a través de un repertorio de recursos que en el escenario virtual se presentan de forma más limitada, ya que si bien los micrófonos todavía nos permiten tener gran parte de los recursos verbales, el limitado uso de los micrófonos por parte de los estudiantes y la pérdida prácticamente absoluta de todos los recursos no verbales tienden a eliminar las sutilezas de la comunicación y dificulta un desarrollo más complejo de las relaciones.

De esta forma, establecer relaciones más tradicionales crea una distancia compleja de redimir, ya que los estudiantes adoptan una posición pasiva, receptiva, a la espera de alguna instrucción para actuar, al ser más común este tipo de relaciones ésta podría ser la posición con la que la gran mayoría llega al escenario virtual, a la espera de nuevas instrucciones, pero pareciera que en estas nuevas condiciones las viejas instrucciones no permean a través de las pantallas de la misma manera y la inercia que los mantiene en la pasividad dificulta su involucramiento en las nuevas dinámicas virtuales, complejizando incluso aquella relación a la que ya se encontraban familiarizados. Aquí se vuelven relevantes las palabras que Pérez (2002) sobre como el privilegio de la voz del profesor puede significar una disrupción de la relación con el estudiantes, pues frente a la configuración de relaciones como las descritas “en demasiadas ocasiones lo que llega no es la respuesta sino la reacción” (p.118) ya que creo que no podría haber mejor forma de describir las escuetas interacciones vividas en las clases virtuales, desde las más las pequeñas reafirmaciones sobre si se escuchan el audio, si se está compartiendo la pantalla, hasta la gran parte de las respuestas parecieran no ser mucho más que una reacción a una nueva instrucción, la de contestar la pregunta, expresión viva de esta irrupción en la relación.

Ahora bien, la consolidación de esta forma de relacionarse puede originarse por decisiones más conscientes y explícitas de creencias docentes, pero como éste no es mi caso pudieran haber más elementos involucrados que dificultan otras formas de relacionarse y consolidan estas menos fértiles, alguno de los cuales ya fue mencionado (la ausencia de elementos no verbales en la interacción), pero creo que es posible identificar uno adicional a partir de la relación que establece Benvegnú y Segal (2020) quienes relevan la cualidad didáctica del vínculo entre docentes y estudiantes en su relación con la construcción de objetos de conocimientos y lo caracterizan como un doble vínculo en el que se encuentran involucrados un intercambio intelectual y el del control, este último por la necesidad del estudiante dar cuenta sobre sus aprendizajes. De esta forma los autores hacen la apreciación de que en las condiciones actuales “no resulta fácil torcer la balanza hacia la creación de situaciones interactivas en las que los vínculos de intercambios se intercalan con las situaciones de supervisión y control” (p.273). Este control en el que se convierte la evaluación pareciera volverse más utilizada en este contexto donde tenemos menos indicios de los estudiantes y de sus procesos de aprendizaje, la permanencia de la evaluación formativa pareciera indicar un deslizamiento hacia el control. Por otra parte, es importante señalar que según los autores este desbalance no proviene exclusivamente de las concepciones de los docentes sino que estarían fuertemente condicionadas por los medios utilizados para la interacción online, pues en última instancia serían los programas de la computadora los que median todas nuestras interacciones en pandemia y estos no hacen otra cosa que replicar de forma muy limitada la presencialidad, de este modo las pantallas apagadas, la lentitud e interrupción de las conversaciones y las necesidad de ordenar las intervenciones fuerzan una forma determinada de interactuar, así pues “el componente de control de la relación didáctica se abre camino con facilidad, probablemente debido a lo complejo que resulta ir en contra de las determinaciones materiales de los entornos virtuales” (p.274).

Momentos de posibilidad

Ahora bien, los vínculos son necesariamente algo compartido y en clases yo comparto con estudiantes, pero su ausencia o presencia teórica nuevamente se presenta como un desbalance en esta relación y me deja como el único protagonista volviéndose considerablemente relevante la idea mencionada por Brailovsky (2020) de que “es quizás en el tiempo de la

pantalla y comunicación a distancia que nos hacemos más conscientes de la importancia de la voz del profesor para hacer escuela”(p.158) lo cual puede entenderse de dos formas, la primera puede ser en un sentido literal y es como en las clases virtuales la voz del docente se vuelve uno de los sonidos (e imágenes) que se vuelve el sello identificador de la misma en la marcada ausencia de la voz de los estudiantes y otro más figurativo en como en este mismo protagonismo le da una mayor centralidad al docente en un momento en el cual las clases virtuales son uno de los escasos momentos en los que todavía podemos reconocer a la escuela en remplazo de las otras materialidades perdidas. Aquí también las palabras de Pérez (2002) se refieren precisamente a un “deber hablar del profesor” que se me presentaba por una parte como la necesidad de rellenar el tiempo y los silencios de las clases en esa búsqueda por mantener una fluidez que entregara la sensación de que la clase avanza, necesidad que se vuelve desesperación por la posición en la que ni siquiera podemos ver a los estudiantes y nos limitamos escuchar nuestras palabras y vernos en la pantalla como negación de nuestra soledad. Por otra parte, un segundo aspecto, más profundo, se refiere al hablar para responder las debidas palabras en el sentido de entregar a los estudiantes algo diferente de que aquello que se pretende enseñar en cada asignatura, algo que se refiere a las necesidades, a preguntas más complejas y fundamentales, a un conocimiento que no se entrega a los estudiantes, sino que se construye junto a ellos. Este aspecto nuevamente me interpela en mi experiencia, pues se refiere a aquellas situaciones que posibilitan la complejización del vínculo docente, pero que me insinúa que quizás solo alcancé a llegar a sus partes más superficiales porque ¿Qué certezas podría yo entregar en tiempos de tanta incertidumbre? ¿Cuáles respuestas profundas podría compartir cuando intento al mismo tiempo que ellos hacer sentido de algo de las cosas que pasan? No voy adelantado, sino que me muevo junto a ellos en este incierto escenario e intentar ponerme enfrente para guiarles parece una posición desestimable, por lo que abría que dar paso a la construcción conjunta del conocimiento, pero ¿Cómo hacer esto? ¿Cómo comenzar un proceso que ya es complejo en condiciones normales? Una idea inicial puede ser contrastar este deber de hablar del docente junto con “el espacio y el tiempo de la relación, el espacio y el tiempo del silencio, necesarios para permitir que surjan las palabras que le den sentido a la experiencia” (p.116), quizás sea un buen momento de perder el miedo a esos silencios y tener la confianza que desde ahí y con el tiempo suficiente puede brotar la palabra de los estudiantes, quizás la instantaneidad de la interacción presencial nos hereda la ansiedad

de suponer que si esa palabra no surge rápidamente es porque no existe, una suposición no del todo injustificada considerando que ni siquiera es posible ver los mínimos indicios de una reflexión en la cara de estudiantes. Esto significa que este ejercicio exige también un alto grado de confianza, una confianza de permitir que estos silencios aparezcan y se expandan, un silencio sin un propósito definido sino solo conducido por lo que salga de la necesidad o voluntad de los estudiantes. Aunque como con cualquier proyecto que se emprenda la posibilidad de no cumplir con ciertas expectativas está siempre presente y no quiero definir esto como un fracaso porque bien creo que podría argumentarse que el silencio puede servir perfectamente como un fin en sí mismo, como un descanso o una pausa necesaria, es también cierto que al adentrarse en lo desconocido se abren muchas posibilidades, como la de no encontrar lo que se busca, pero tengo una experiencia que creo muestra que es siempre posible que surja algo.

Entre los limitados espacios de la escuela virtual, oportunidades como estas son más fáciles de encontrar en asignaturas como la de consejo de curso gracias donde no hay contenidos que revisar ni evaluaciones de las que preocuparse, para mi esta libertad siempre se me ha presentado más como un desafío que una facilidad, la posibilidad de tomar prácticamente cualquier tema siempre me ha dificultado decidirme por uno, por esto es que uno de los criterios que me ha facilitado este proceso es permitir que sean los mismos estudiantes que guíen la selección de temáticas a partir desde sus propios intereses o necesidades. Sin embargo, esto también exigía entrar a otro desafío, el de entrar en ese silencio para que fuera la voz de los estudiantes la que apareciera y se pronunciara, vozen un sentido figurativo pues para este ejercicio utilice una pizarra virtual y mis expectativas eran que escribieran en ella una respuesta frente a una pregunta que interpelara directa y simplemente a sus intereses con el fin poder organizarme, un ejercicio muy sencillo ya que debido a que con este curso la interacción había sido solo el chat preferí la opción que nos permitirá continuar de esta misma forma. Al comenzar esta actividad aparecía ese miedo de que no pasara nada, que no se motivaran, no participaran y que mi pizarra se quedara vacía. Aunque en un comienzo parecía que me dirigía a ese triste desenlace, hubo un momento en el que algo surgió, algo completamente inesperado y sorprendente, entre el suspenso y el silencio de la espera a que alguien escribieran sus respuestas, una estudiante descubrió que la plataforma no solo dejaba escribir notas, sino también tenía una opción de “bolígrafo” y aprovechándola comenzó a

hacer dibujos en la pizarra, esto pareció encantar a sus compañeros pues después de un momento alrededor de mi pregunta se encontraba repleto de múltiples dibujos. A pesar de que sólo conseguí 2 escritos que contestaban mi pregunta, creo que en ese momento logré descubrir algo más productivo de lo que menciona Pérez (2002) como “la verdadera confianza en que también esas y esos jóvenes de hoy también pueden guiarnos a nosotras y a nosotros en y hacia las verdades de la vida” (p.121). Ese fue uno de los pocos momentos en que los sentí realmente comprometidos y motivados con una actividad propuesta por mí y aunque fuese sólo por ese momento, los sentí verdadera cómo mis estudiantes. Al mismo tiempo que vuelve a poner de relieve la necesidad de dejar de lado “la arrogancia que pretende que es solo la profesora de donde procede esa posibilidad de alcance” (p.121) porque en esa instancia fui salvado por ellos.

Frente a esta situación me pregunto por las condiciones que propiciaron un momento como ese, pues al comienzo de la actividad todo parecía indicarme que avanzaríamos como ya nos habíamos acostumbrados, es decir, dificultosamente y por textos, pero del cual termina surgiendo esta nueva forma de expresión. Uno de los elementos centrales que entregaron esta posibilidad creo que se encuentra en la formulación inicial de la actividad, ésta se plantea no desde un tema preparado y listo para ser revisado, sino desde una posición más abierta que espera ser construida de manera conjunta, esto implica una relación distinta a la tradicional, más cercana pues se hace con los estudiantes que a veces es denominada como horizontal por la cercanía que tienen las posiciones de estudiantes y docentes. Esto va en la misma línea seguida por Freire y Faundez (2013) en su dialogo sobre lo que denominan la “pedagogía de la pregunta” la cual declaran radicalmente antiautoritaria ya que en ella se desarrolla una relación pedagógica predominantemente dialógica centrada precisamente en la actividad de realizar preguntas, aunque similar a la actividad realizada (que se centró en una pregunta) es comprendida no como solamente como parte de actividades particulares sino como una forma de hacer pedagogía, aun así es posible encontrar parte de sus elementos fundamentales como una interacción que no se basa en la mera entrega de respuestas listas en la que la relación es unidireccional desde la imposición, propia del elemento autoritario rechazado por los autores ya que este “obstaculiza nuestras experiencias educativas inhibe, cuando no reprime, la capacidad de preguntar” (p.70), esta participación activa entonces quedaría completamente inhibida. La radicalidad se encuentra en que consideran este tipo de relaciones, las

autoritarias, no como un simple modelo que cuyo cambio beneficiaría la convivencia de las aulas, sino como un problema más profundo, el problema de “una represión mayor: la del ser, la represión de su expresividad en sus relaciones en el mundo y con el mundo” (p.70), así pareciera que al menos en ese momento el gesto de preguntar junto con la posibilidad entregada por la plataforma configuró el escenario propicio para romper la monotonía de la relación mantenida hasta ese momento.

Volviendo a la idea del vínculo de Albornoz y Cornejo (2017) quienes dicen que “constituye un encuentro entre un agente educativo y un sujeto de la educación” (p.8), es interesante notar que esta primera definición comienza con la idea del encuentro, aludiendo que el vínculo comenzaría en primera instancia a partir de esta aproximación que ocurría en la escuela y es que más allá de cualquier asignatura, contenido o evaluación, incluso más allá de cualquier tipo de cualquier tipo de interacción, la escuela es un lugar de encuentro, ya que antes de que ocurra cualquier cosa, es precisamente ese encuentro lo que permite que todo aquello que ocurre en la escuela ocurra, todas las posibilidades se abren después de ese encuentro y lo convierten en una cualidad fundamental de cualquier vínculo. Esta cualidad de la escuela, como espacio de encuentro, pareciera permitirle trascender la situación actual y en ausencia de sus componentes materiales nos permite continuar en el espacio de la virtualidad. Más no se trata sólo del encuentro, puesto que esta condición se logró en mayor medida gracias a los enormes esfuerzos de docentes y estudiantes para conectarse de forma regular por los medios que tenían, nos conectábamos regularmente a clases todas las semanas, pero esto es sólo la condición inicial y no asegura por sí mismo el desarrollo fecundo del vínculo, para esto es necesario avanzar un paso más allá.

Esta segunda condición se revela cuando pensamos en que es lo que ocurre en este espacio de encuentro, ya que aquel espacio donde normalmente encontramos que se produce el vínculo es mucho más que ese espacio, sino que en realidad es un conjunto amplio y variado de momentos, cada uno de los cuales hacen su pequeño aporte, como indica Pérez (2002) es “el espacio y el tiempo de la relación, el espacio y el tiempo del silencio, necesarios para permitir que surjan las palabras que le den sentido a la experiencia” (p.116). Esto hace un marcado contraste de las posibilidades que tenemos en la actualidad, donde los espacios son solo el virtual y el doméstico, en el que ese entramado complejo de momentos se reduce y

compacta, donde la conexión y desconexión ocurren tan instantáneamente que no hay espacio de posibilidad para todos esos pequeños momentos casuales, incluso aquellos momentos de descansos entre clases (como lo eran antes los recreos) pierden esta potencialidad ya que si bien nos permiten separarnos de la clase o materia revisada, no nos permiten unirnos de ninguna otra forma. Así pues, ya que los vínculos se nutren de formas de relación, en la virtualidad esta queda encasillada casi completamente a los espacios de las clases, esto ya de por sí es sumamente complejo ya que en un contexto donde la exigencia -incluso durante esta emergencia- esta considerablemente marcada por actividades académicas de pasar contenidos o realizar evaluaciones, por lo que en esos espacios se mantienen en la monotonía del contenido y no existen cosas demasiado significativas que salieran de ahí.

Por otra parte, el episodio relatado de consejo de curso representa un momento de significación mayor, un perfecto ejemplo de las situaciones que nutren el vínculo, pero ¿Qué significación en particular me entrega? Aquí me siento en la obligación de confesar que por más valioso que pudo llegar a ser ese momento, no represento una inflexión en mi relación con los estudiantes, fue sin lugar a dudas un bonito momento de descubrimiento, como una estrella fugaz que brilló en la oscura noche de los desafíos en la virtualidad, pero si bien estuvimos un par de sesiones realizando esta actividad, el momento quedo más que nada como una anécdota, quizás su valor más significativo fue mostrar las posibilidades ocultas de esos momentos.

¿Dónde está el afecto?

Otro aspecto importante del vínculo que se establece durante el proceso educativo se refiere a su dimensión emocional, la relación docente es también un vínculo afectivo ya que por más predominante que sean las tecnologías en las que nos apoyamos en el origen de toda interacción nos encontramos seres humanos y tal como señala Maturana (1990) “lo humano se constituye en el entrelazamiento de lo emocional con lo racional” (p. 17). Las emociones también son una ineludible parte de la experiencia docente y su relación con procesos de aprendizaje ha sido establecida por largo tiempo, incluso indicando que la cognición se basa en el afecto, lo que permite describir el trabajo docente como emocional y afectivo (Cornejo et al., 2021). Por último, la relevancia de la afectividad no escapa tampoco de la experiencia

del exilio, pues (2013) remarcan la importancia de buscar un cierto nivel de inserción afectiva y emocional en lugar prestado que permita suavizar y reconfortar el espíritu de la brutalidad que puede representar la ruptura del contexto original, por lo que la preocupación por el aspecto afectivo del vínculo podría ser algo más que una simple constatación de otro aspecto del vínculo alterado por la pandemia, sino que un imprescindible requisito para la reconciliación de la propia situación del exilio. La compleja situación actual se extiende por fuera de los límites de sala de clases y nos vemos enfrentados a situaciones que nos pueden afectar personalmente, como también aquellas otras cuestiones compartidas colectivamente como pueden ser las cuarentenas, cuya extensa duración fácilmente puede tener un efecto en nuestras sensibilidades. La fragilidad de esta condición puede verse reflejada con más énfasis en las reflexiones de Maturana (1990) quien toma la emocionalidad como algo diferente a lo que denominamos los sentimientos, sino que la define como “disposiciones corporales que determinan o especifican dominios de acciones” (p.15), no como aquellas que dictan directamente las acciones sino que fija ciertos límites para las mismas, frente a esto es difícil no cuestionarse “los dominios de acciones” que se nos presentan en estos momentos y si acaso esta no podría ser algún indicio sobre aquello que se encuentra detrás de las pantallas, porque la preocupación por la afectividad no se me vuelve relevante tanto por su presencia sensible sino más bien por su ausencia palpable, ya que en muy pocos momentos apareció con la importancia que le entrega el contexto ¿Acaso los estudiantes no se encontraban tan afectados? ¿no querían compartirlo? ¿No sentían que aparecían las oportunidades para expresarlo? O quizás ¿Había señales de esta afección que yo no percibí?

Las situaciones emocionales de los estudiantes pudieran ser otro de los factores involucrados en su ausencia en la virtualidad, lo que pone de relieve la ausencia de estos temas en clases más allá de las consultas casuales en los saludos iniciales donde a veces era posible apreciar cansancio o desánimo, quizás esa una primera señal de aquello que ocurría más allá, no como algo absolutamente recurrente, pero lo suficientemente común para recordarlo, si consideramos este cansancio generalizado como una señal podría indicar que fue una que no logré percibir o al menos no como una señal de algo más profundo, en primera instancia porque lo consideraba como algo perfectamente normal, en un contexto donde estamos enfrentando situaciones estresantes, como cambios en nuestras formas de vivir, constantes noticias sobre el complejo desarrollo de la pandemia en el país y otras situaciones más que

aparecen de forma más personalmente, sumarle a todo esto el esfuerzo de estar conectados toda la mañana a sus pantallas y la labor académica que se les exige ¿Quién podría no estar agotado? Quizás dando un pequeño momento de detención e indagación en estas respuestas abrían sido otro momento de posibilidad, pero la urgencia del calendario sentía que me limitaba, de todas formas, pareciera que el espacio natural para estos temas sería -nuevamente- Consejo de Curso, curioso entonces que incluso en estos momentos sea utilizado principalmente con fines informativos o rellenado con conversaciones sobre hábitos de estudios. A pesar de esto igual me pregunto ¿Qué tal si hubiera surgido alguno de estos temas? ¿Qué tal si algún estudiante -de forma tan sorpresiva como la anterior- hubiera expresado una situación sensible que lo afecte? Esta posibilidad igualmente me complica ya que el abordar temas particularmente sensibles me mueven a escenarios desconocidos en los cuales no creo poder moverme con suficiente facilidad, apareciendo de nuevo la sensación de no tener alguna respuesta reconfortante. A pesar de esto, hay que recordar que los docentes no somos psicólogos, ni psiquiatras como tampoco las clases son terapias, lo que en ningún caso significa evitar o (peor) reprimir estos temas, sino que abordarlos desde la contención y el acompañamiento, entregando espacios donde los estudiantes puedan expresar sus necesidades y sentires, pero sigue siendo un área aparentemente en desarrollo y aunque podemos responder a situaciones que son más dramáticas e ineludibles aquellas que son menos prominentes, pero presentes y constantes todavía se encuentran a la espera.

Todavía cabe señalar que, si bien pareciera que la dimensión afectiva de nuestra relación con los estudiantes pareciera estar debilitada, esto se contrasta con otro vínculo cuyo carácter afectivo es todavía más marcado que el estudiante mantiene con el docente y se refiere al que el estudiante forma con sus pares. Sería equivocado pensar que el único vínculo existente en la escuela es el formado en la relación entre el estudiante y el docente, aunque este sea el que se pone de relevancia con mucha mayor frecuencia a la hora de hablar sobre un “vínculo pedagógico”, pero todavía más errado sería pensar que este es el más importante y el único involucrado en los procesos de formación en la escuela, otra idea cuyo origen probablemente se conjuga entre los planteamientos tradicionales transmisioncitas y una visión adultocéntrica (¿Qué podrían aportarse los estudiantes que no pueda entregar el docente?). Estas ideas se ponen a prueba en la virtualidad, de acuerdo con Brailovsky (2020) en los primeros intentos por mantener la continuidad de la escuela desde el hogar muchas familias intentaban imitar

las costumbres de la presencialidad, por ejemplo manteniendo el uso de mochilas y uniformes, pero rápidamente estos intentos se agotaban dejando al descubierto un enorme contraste entre lo que denomina las tareas y las relaciones, “la posición del estudiante aparece escindida entre las tareas (lo que al alumno se le pide, se le consigna, se le encarga hacer) y las relaciones (lo que el alumno vivencia, lo que experimenta, lo que pasa cuando va a la escuela: no lo que se le pide, sino lo que se le ofrece)” (p.153), lo que podría ser considerado como otro de los equilibrios que en la pandemia se desbalancean, en esta caso, como también indica el autor, la ausencia de lo segundo (las relaciones) pone énfasis en la primera (las tareas), este fenómeno se presenta con mayor importancia en las relaciones de pares, ya que a pesar de que como se ha mencionado las existentes con los docentes también se han visto afectadas, éstas continúan con mayores o menores complicaciones, mientras que las interacciones entre estudiantes casi han desaparecido poniendo en evidencia “hasta qué punto ir a la escuela se define por el “estar con otros”, en “otro lugar”” (p.153). Los procesos de socialización que se dan en la escuela son también pertinentes a los que relacionamos con el aprendizaje pues como dice Graizer (2020) “las relaciones que se establecen entre pares inciden en la configuración de significados y en la apropiación de lo que se adquiere” (p.253), esto entra en juego en una situación en la cual se han puesto grandes esfuerzos en mantener las interacciones, pero dando casi exclusivo énfasis en la que ocurre entre el estudiante y el docente bajo la visión de lo que pueda entregar el docente es lo más importante y necesario para el aprendizaje pudiera estarse finalmente dificultándose por la ausencia de estas interacciones como puede notarse en algunas de las respuestas que recibí cuando consulte la opinión de los estudiantes sobre trabajos grupales (“[Sí, porque] se puede dividir el trabajo y pasar un rato con los panas”, “si me gusta hacer trabajos en grupos porque puedo verlos, aunque sea por video llamada”), esto pareciera mostrar no solo la dificultades que trabajar en clases puede provocar producto de la ausencia de un trabajo más colaborativo entre estudiantes, sino que también pareciera que la predominancia que se le da a la relación con el docente no fuera suficiente para poder formar algo que el estudiante pueda reconocer como vínculo y frente a esto se abren posibilidades de considerarlas como complementarias dentro del trabajo de clases.

SUPERACIÓN DEL DESTINO DEL EXILIADO.

A pesar de lo angustioso que significa dejar forzosamente el lugar de origen para implantarse en un nuevo contexto completamente ajeno, Freire y Faundez (2013) dicen que “es un equívoco pensar que el exilio es pura negatividad” (p.29) pues también se presenta como la oportunidad de un aprendizaje de profunda riqueza y creatividad, que implica resolver la tensión existente en la ruptura de la situación, una negatividad que debe ser negada para alcanzar lo positivo.

En este exilio en la virtualidad me es mucho más fácil reconocer la negatividad en las múltiples situaciones marcadas por la soledad, la fragilidad, la incertidumbre y la frustración por lo que resolver esta tensión no parece ser realmente una tarea sencilla; pero quedarse en estas sensaciones significaría sucumbir a la nostalgia y “la superación de esa negatividad radica en establecer dialogo entre ambos entornos” (p.41), el prestado y el original. No obstante, para establecer este dialogo primero habría que establecer cuáles son esos contextos que dialogan: el prestado me es bastante claro, corresponde a la virtualidad y todas sus situaciones e implicancias; pero el contexto de origen es el que me falta definir, porque si bien la gran mayoría de los docentes se alejaron de las escuelas en donde desarrollaban su labor, al yo encontrarme justamente inmerso en mi formación pedagógica no tengo ese mismo marco de referencia y aunque podría utilizar ciertas nociones desde mi experiencias en clases de preuniversitario, éstas son tan diametralmente opuestas a las clases en la escuela, tanto en fondo como forma, que la comparación no sería provechosa, quizás a falta de ese lugar de origen podrían ser mis expectativas respecto a lo que esperaba encontrar o descubrir en la virtualidad lo que puedo poner a dialogar con la misma experiencia.

Entonces ¿Qué fue de mis expectativas? Creo que aún y con todo, todavía me es sumamente complejo aliviar esta tensión porque las situaciones vividas fueron igual de complejas. Por una parte, la preferencia por las clases virtuales para mantener las interacciones escolares parecía volverse una buena opción frente a otras opciones asincrónicas como los libros o videos, pero cuando estas interacciones ocurrían tan poco o de una forma quizás monótona la diferencia entre estas dos opciones parece tener menor sentido. Esto se acentúa más en la opción híbrida donde la interacción con los estudiantes presenciales desaparecía volviéndolas paradójicamente aquella opción que se buscaba evitar. Así, cotidianeidad de las clases

virtuales parece perder mucho de su sentido para mí, incluso ese momento tan valioso como el vivido en consejo de curso se mantienen más como recordatorios de que efectivamente puede haber un significado más allá del esperado, pero creo que por sí solo no lo considero suficientemente poderoso para considerarlo como el vuelco que llena de sentido las clases virtuales. ¿Significa esto entonces que no hay nada que sacar de la situación? Volviendo a Freire y Faundez (2013) “la ruptura es una negación a la que debemos contraponer otra negación para poder alcanzar lo positivo”, así pues la negación de la ruptura sería la unión y la de la soledad sería la compañía, el encontrarse una situación en la que pareciera que los sentidos de las clases se pierden abre la posibilidad de que le podamos inculcarle los propios, por lo que quizás uno de los aprendizajes más grandes es que las clases en la escuela o en cualquier parte tienen poco o ningún sentido sin ese otro que recibe -el estudiante- quien ya no puede ser alguien que simplemente reciba sino que algo entrega devuelta, ya sea una respuesta, una inquietud, una duda, una certeza, una equivocación o lo que sea, pues su desaparición o disminución arrastra consigo todo el significado de las clases.

¿Significa entonces que en verdad al final de cuentas no había un vínculo? Creo que he pasado demasiado tiempo resistiéndome a esta idea como para finalmente terminar diciendo que no lo había, ese fracaso me dolería muchísimo, pero creo que al final la respuesta está llena de matices porque mantengo que no creo que haya habido ningún vínculo, aunque mi esfuerzo tampoco da para decir que exista uno repleto de significados, pero la respuesta más certera pareciera estar en un espacio gris entre ambas dos.

La primera base de este vínculo aparece meramente en lo superficial, en la formalidad de encontrarnos en clases porque ellos son estudiantes, yo profesor y nos juntamos porque eso es lo que se hace en la escuela, aunque sea virtual. El siguiente paso sería los momentos que se desarrollan esta primera instancia, las mismas clases permiten que esto avance, aunque sea en pequeños pasos, nos vamos conociendo, las limitaciones de la virtualidad aquí aparecen, el desbalance de la predominancia mía en la realidad virtual en comparación a la de ellos hace que ellos me conozcan más a mí de lo que yo a ellos, por lo que ellos tendrán más ventaja, pero para mí pareciera el avance es mejor. Entonces el descubrimiento de los dibujos aparece como una puerta hacia un avance de ese conocimiento, aunque sea solo un paso, ahora sé algo más de ellos, conozco como dibujan, algunos más complejos, otros menos, pero

el momento se acaba y hasta ahí queda el avance, solo un paso desde la formalidad. En perspectiva, podrá ser un pequeño momento, pero quizás todo su valor está en que me permite un avance - aunque sea milimétrico- del significado que entrega la mera formalidad, después de todo ¿quién no agradecería, aunque sea una mera gota de agua en el desierto? Al mismo tiempo, me vuelvo mucho más consciente de como son los distintos momentos los que van configurando en todo momento el vínculo, en un estado de permanente transformación, siempre remediable ya que incluso desde los momentos que parecía que nada podía sacarnos de la monotonía aparecían momentos que desmentían esta sensación y nos empujaban a nuevos caminos de descubrimiento.

Por otra parte, el momento también parece aludir al tipo de relaciones que queremos desarrollar con quienes consideramos nuestros estudiantes, de cierta forma el verme empujado hacia una relación unidireccional me ha mostrado que el vínculo tradicional comparte este aspecto solitario con las clases virtuales, probablemente una sensación que moleste menos en la compañía presencial de los estudiantes, pero en el fondo la misma distancia que se presenta en estos momentos. Así mismo, la distancia se remedia con esos momentos de posibilidad, esas situaciones inesperadas que van llenando el vacío y acercando las distancias, desarrollando las relaciones más allá de la sola formalidad.

Finalmente pienso en el futuro, en vuelta a la presencialidad, a la escuela, momento que parece igualmente inevitable y que de cierta forma significaría el término de la ruptura que ha significado este exilio, ahí Freire y Faundez (2013) también tienen pistas para entregarnos y enfrentar esa vuelta, pues si durante todos estos momentos hemos logrado extraer algún aprendizaje estaremos en mejores condiciones para esta vuelta. ¿Qué pasará con este vínculo cuando la presencialidad vuelva? Aunque sea un estado más disminuido su presencia se mantiene en una especie de hibernación, una que espera que vuelva ese verano del regreso para volver a florecer, en esa vuelta tendrá que encontrarse con nuevos desafíos porque “la historia y la cultura de su contexto original no se detuvieron para esperarlo” (p.54) y estará todavía marcado por la pandemia con el uso de mascarillas y manteniendo distanciamiento en las mismas clases. Estas necesarias medidas van a encontrar mucha resistencia y puede que generen nuevas tensiones sobre cómo vivir ese “re-encuentro” manteniendo todavía cierta lejanía, pero creo que en última instancia será una distancia que no se sentirá de

forma tan marcada y que igualmente se le sobrepasará la sensación del encuentro. Volver significará también volver con todas aquellas cosas vividas durante este exilio y comenzar otro proceso de implantación que no por ser deseado será menos complejo, muchas situaciones tenderán a vivirse en otro nuevo escenario que aunque nuevamente desconocido hay cosas que quizás podríamos ir previniendo, como por ejemplo resistirnos a la idea de que estamos recuperando exactamente lo mismo que habíamos perdido; ese mundo ya ha quedado atrás, tanto por las necesarias medidas sanitarias que continuarán siendo necesarias como por nosotros mismos quienes hemos vividos experiencias que nos cambian y transforman.

Finalmente, como indican Freire y Faundez (2013) en el regreso debemos mantener la misma humillada con la que vivimos el exilio, resistiéndonos a la idea de que la presencialidad todo se resolverá, pues podría llevarnos a caer nuevamente en nostalgias y frustraciones pasadas idealizando las nuevas relaciones que van apareciendo, minimizando experiencias tan intensas, profundas y complejas como las que ha dejado esta pandemia.

Referencias

Albornoz, N. y Cornejo, R. (2017). Discursos docentes sobre el vínculo con sus estudiantes: tensiones enfrentamiento y distancia. *Estudios pedagógicos*, 43(2), 7-25.

Benvegnú M.A. y Segal A. (2020). Acerca de ganar y de perder, ¿la clase en modo pantalla? En Dussel, I., Ferrante, P. y Pulfer, D. (Eds.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia: entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 267-278). UNIPE. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/unipe/20200820015548/Pensar-la-educacion.pdf>

Brailovsky, D. (2020). Ecos del tiempo escolar. En Dussel, I., Ferrante, P. y Pulfer, D. (Eds.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia: entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 149-161). UNIPE. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/unipe/20200820015548/Pensar-la-educacion.pdf>

Cornejo, R., Araya, R., Vargas, S. y Parra, D. (2021). *La educación emocional: paradojas, peligros y oportunidades*. Revista Saberes Educativos, (6), 01-24.

Freire, P. y Faundez, A. (2013). *Por una pedagogía de la pregunta, crítica a una educación basada en respuestas a preguntas inexistentes*. Siglo Veintiuno.

Graizer, O. (2020). Contextos de transmisión: entre lo que es y lo que esta siendo. En Dussel, I., Ferrante, P. y Pulfer, D. (Eds.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia: entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 251-266). UNIPE. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/unipe/20200820015548/Pensar-la-educacion.pdf>

Manghi-Haquin, D. (2016). Vínculo pedagógico en contextos escolares: más allá de las palabras y del currículo. *Boletín científico Sapiens Research*, 6(2), 11-19.

Maturana, H. (1990). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Centro de estudios del desarrollo.

Pérez, N. (2002). *Deseo de ser guía, tan solo, saber callar, tanto más... y encontrar las debidas palabras*. Duoda: revista d'estudis feministes, (23), 113-122.